

CAPÍTULO III

Marcha Calleja sobre Guanajuato.—Fusila Calleja en Celaya á dos individuos que trataron de seducir á dos soldados.—Sigue su marcha hácia Guanajuato.—Alarma en la ciudad.—Hace Calleja un reconocimiento de las posiciones de los independientes.—Se empeña la accion.—Ocupa Calleja á Valenciana, y Flon el cerro de San Miguel.—Abandona Allende la ciudad.—Mata la plebe á los españoles que estaban presos en la alhóndiga de Granaditas.—Entra Calleja en Guanajuato dando orden de tocar á degüello.—Suspende la orden.—Prisiones y ejecuciones.—Bando amenazador de Calleja.—Severidad de Calleja con el jefe realista Quintana.—El coronel Canal.—Actividad de Calleja.—Se prepara á continuar la campaña.

1810. El jefe realista D. Félix Calleja, despues
Noviembre. del triunfo alcanzado en Aculco, regresó á
Querétaro, con objeto de saber el punto á donde se diri-
gian los caudillos de la revolucion, y marchar á donde

se hallasen. La recepcion que le hicieron fué brillante. Despues de haber permanecido algunos dias en la ciudad con el fin de dar algun descanso á la tropa, emprendió su marcha con direccion á Guanajuato, en la mañana del 15 de Noviembre. En la noche de ese dia el ejército durmió en Apaseo, pueblo distante cuatro leguas de Querétaro, y al siguiente dia llegó á Celaya. D. Carlos Camargo, á quien el cura Hidalgo dejó nombrado subdelegado de la poblacion, habia ido á ver á Calleja con anticipacion á Querétaro, para ponerse de acuerdo con él y evitar males al vecindario. Las tropas realistas fueron recibidas con manifestaciones de extraordinario júbilo, y su general tuvo nuevas pruebas que le patentizaron la fidelidad de sus soldados hácia la causa que defendian. Dos individuos, uno llamado Ignacio Granados y otro Tomás Aguirre, soldado este último del regimiento de Celaya, trataron de seducir á dos dragones del regimiento de Puebla, llamados Felipe Cortés y Miguel Toral. Granados tenia amistad con este último desde la niñez y no dudó que lograria convencerle á que abrazase la causa proclamada por el cura Hidalgo, cuyo ejemplo seguirian otros. Los invitados á desertar de sus banderas para pasar á otras, disimularon el disgusto que les causó la invitacion; pero indignados de que les hubiesen creido capaces de faltar al deber militar, denunciaron á los que les hicieron la proposicion. Calleja mandó que se hiciese la informacion, y los instigadores fueron condenados á la pena de horca, cuya sentencia se ejecutó en la tarde del mismo dia en que fueron denunciados. El jefe realista, así para premiar á

1810.

Noviembre.

los que denunciaron á sus instigadores como para estimular á los demás, hizo que el acontecimiento se publicase en la orden del dia 19, mandando que se leyese en todas las compañías, previniendo que Toral y Cortés fuesen preferidos en sus ascensos, y gratificado cada uno de ellos con veinte duros.

Despues de haber establecido en la ciudad el gobierno vireinal, continuó su marcha por Salamanca y por Irapuato, poniendo en ambas poblaciones autoridades realistas, y en la tarde del 23 acampó en el rancho de Molineros, distante cuatro leguas de Guanajuato. Noticioso D. Ignacio Allende de la proximidad del enemigo y no dudando que al siguiente dia se veria atacado, hizo fijar avisos en las esquinas de las calles principales, haciendo saber al público, que cuando las fuerzas realistas se hallasen mas empeñadas en el ataque y el vecindario en mayor peligro, se anunciaria á los habitantes por medio del toque de generala y de una señal que se haria con la campana mayor de la parroquia, para que todos volasen á la defensa. Al mismo tiempo se ordenaba que, en el caso de oirse la señal, se repartieran por las calles algunos grupos armados para que entrasen en las casas y obligasen á marchar á la lid á los que tratasen de que-

1810

Noviembre.

darse en ellas (1). A las ocho de la mañana del sábado 24, recibió D. Ignacio Allende un aviso en que le hacian saber que las fuerzas realistas se avistaban con direccion á la primera bateria situada en Rancho Seco. Sin pérdida de momento dispuso que marchase toda la gente que estaba al mando del teniente

(1) Don José María de Liceaga: *Adiciones y Rectificaciones.*

general Gimenez, que era el encargado de dirigir la accion. Con efecto, Calleja se habia presentado á la vista. Su objeto, sin embargo, no era otro que practicar un reconocimiento en las alturas de Jalapita, que dominan la entrada de la cañada de Marfil, para emprender el ataque al siguiente dia 25. Viendo que las fuerzas insurgentes le batian con sumo empeño con la artillería colocada en el expresado punto de Rancho Seco, se propuso apoderarse de la posicion, para situar sus fuerzas convenientemente, sin que pudiesen ser ofendidas. Tomada su determinacion, envió una fuerza de infantería y caballería á las órdenes del coronel Enparan, para que ocupando el camino de Silao cortase la retirada á los contrarios, mientras el capitan D. Antonio Linares, con los voluntarios de Celaya, atacaba de frente. La rapidez con que fueron ejecutadas las evoluciones y el arrojo con que las tropas realistas se lanzaron sobre las piezas, desconcertó á los independientes que, faltos de entendidos jefes, se dispersaron, abandonando cuatro cañones que eran los que formaban la batería allí situada. Viendo Calleja la facilidad con que se habia apoderado de un punto verdaderamente importante, resolvió continuar el ataque sin esperar al siguiente dia, tratando así de aprovecharse del desaliento que el suceso debia haber causado en el ejército contrario.

Poco despues de las once del dia se avisó á la guarnicion y habitantes de Guanajuato de la pérdida sufrida.

1810. La alarma y la agitacion se apoderaron de Noviembre. las tropas independientes que, faltas de disciplina, se estorbaban en sus movimientos. Inmediatamente

se mandó tocar generala, y se escuchó el toque de la campana mayor de la parroquia dando la alarmante señal. Esto difundió el terror en los vecinos, y lejos de que se hubiera logrado el objeto con que se dispusieron esos toques, no se consiguió sino el efecto contrario. Casi todas las familias de regular posicion social, temblando y sobresaltadas, abandonaban sus casas y corrian á refugiarse en los templos y conventos, mientras parte de la plebe se subia á los cerros, quedando el resto dentro de la poblacion (1).

Calleja, entre tanto, dividiendo su ejército en dos columnas, continuaba el combate empezando de una manera que le auguraba un completo triunfo. Una de las columnas la puso á las órdenes de D. Manuel Flon, conde de la Cadena, compuesta del regimiento de línea de la Corona, los dragones de San Luis que mandaba el conde de San Mateo Valparaiso y otros cuerpos de caballería; la otra columna, formada por los granaderos y varios cuerpos de caballería, la tomó bajo su mando, y la reserva la puso á cargo del coronel Espinosa. El jefe realista, á pesar del activo fuego de cañon que le hacian los independientes desde una altura, ocupó el caserío de la cañada de Marfil y tomó el camino del real de Minas de Santa Ana, que por encima de los fragosos montes conduce á la mina de la Valenciana. El conde de la Cadena tomó el camino de la «Yerba Buena», á la derecha de Calleja, que domina por el Sudeste la expresada cañada. De esta manera quedaron sin efecto los mil quinientos barrenos

(1) Liceaga: *Adiciones y Rectificaciones*.

dispuestos para sepultar bajo las piedras á los soldados de Calleja, al avanzar por aquel paso estrecho, y burladas las esperanzas de los que con infatigable empeño habian trabajado en ellos. El jefe realista estaba bien informado de las obras de defensa hechas por los independientes, y por lo mismo, sin mas dificultad que la de dar un largo rodeo, consiguió hacer infructuosos los barrenos practicados por los independientes para destruir su ejército. En la apertura y formacion de ellos se habian ocupado, por espacio de muchos dias, centenares de operarios que ocupaban el largo espacio que tiene la entrada de Marfil, por donde constantemente pasan numerosos pasajeros, y viniendo á hacerse público por ese motivo los trabajos emprendidos, es de suponerse que el jefe realista tuvo noticia de ellos desde el mismo dia en que se emprendieron. Diez eran los puntos que se hallaban perfectamente fortificados á uno y otro lado de la cañada, y que correspondiéndose entre sí, cruzaban sus fuegos. Ca-

1810. lleja y Flon se fueron apoderando de ellos
 Noviembre. simultáneamente, sin hallar casi resistencia.

pues ante la disciplina y serenidad de sus tropas, se desconcertaban fácilmente los que carecian de instruccion militar, de oficialidad entendida, y que solo tenian pocos y malos fusiles. La mayor parte de la gente que componia el ejército de Allende estaba armada de lanzas, machetes y piedras; pero aunque era grande el número de las últimas que sin cesar arrojaban sobre sus contrarios, poco daño podian causar sobre los que con el fuego de su artillería marchaban enfilando sus posiciones y causando estragos en las indisciplinadas masas. Los indepen-

dientes, no pudiendo resistir á los bien combinados ataques de la infantería, fueron abandonando sus puntos, dejando en ellos sus cañones, y dominados por el terror, lo iban comunicando á los compañeros que iban á ser acometidos. Lo quebrado y montuoso del terreno obligaba á los soldados realistas á llevar la artillería estirando ellos mismos, pues no era posible llevarla de otra manera. El combate tenia por lo mismo, para las tropas de Calleja, mas de penoso que de peligroso. Al cabo de seis horas logró el jefe realista llegar á la mina de Valenciana, y en el mismo tiempo llegó D. Manuel Flon, conde de la Cadena, á la altura de las Carreras y cerro de San Miguel, que está dominando la ciudad de Guanajuato. En la toma de las importantes posiciones quitadas á las tropas insurgentes no tuvo el ejército realista mas pérdida que la de un dragon muerto, y unos cuantos heridos y contusos de piedra, contándose entre estos últimos el conde de la Cadena. Esto da á conocer los escasos medios con que los independientes contaban para su defensa, y la ninguna instruccion en el manejo de la artillería, pues los veintidos cañones conservaron siempre la misma posicion, pasando sus balas á una altura considerable. Las pérdidas por la gente de Allende las hizo subir el Ayuntamiento

1810. de aquella ciudad á ocho mil hombres (1),
 Noviembre. cifra extraordinariamente exagerada con que

trató sin duda de lisonjear al virey Venegas, dando una importancia notable á un hecho de armas que volvia á hacerle dueño de una de las ciudades mas ricas del reino. Pero no solamente exageró el Ayuntamiento las bajas su-

(1) Exposicion del Ayuntamiento.

fridas por los insurgentes, sino tambien la cifra á que hace subir la fuerza que tenian, pues asegura que se componia de sesenta mil combatientes. Nada patentiza mas que hubo exageracion en la noticia dada por el Ayuntamiento, que la sencilla relacion del cura de la cañada del Real de Marfil, encargado de dar sepultura á los cadáveres. El veraz eclesiástico dice, que se recogieron doscientos cuarenta y seis, de los cuales se encontraron en el cerro del Tumulto doscientos catorce, motivo por el cual le quedó desde entonces el nombre del cerro de la Guerra (1). Suponiendo que en la fuga hubiesen caido en los barrancos, desfiladeros ó bocas de minas abandonadas, doscientos hombres mas, que es mucho suponer, ape-

(1) «Concluida ya la operacion de dar sepultura á los cadáveres que se fueron encontrando en los cerros y finalmente en el campo de batalla», dice el mencionado cura del Real de Marfil en un oficio á Calleja, «me ha informado José Vicente Manzanares, vecino del Real, á quien comisioné al efecto, que al cementerio de esta parroquia se trajeron 18. Que en el cerro llamado antiguamente el *Tumulto* y ahora conocido por el de la *Guerra*, se sepultaron 214, muchos de ellos sin cabeza. Que en unas cañadas intransitables que median entre dicho cerro y el de la *Bufa*, se consideraba habria algunos cuerpos por la mucha fetidez que de allí salia, por los ladridos de los perros y vuelo que levantaban las aves que se sustentan de nuestras carnes, y que era imposible formar ningun cálculo de los que allí habria: que en una mina vieja del cerro de la *Bufa*, bajando á ella hasta donde se pudo, se observaban catorce cuerpos, y es de suponerse irian otros á lo profundo; y aunque el dia 25 de Noviembre por la tarde subí á dicho cerro de la *Guerra* para confesar ú olear algunos que se me aseguró que aun alentaban, solo lo ejecuté con tres que hallé en esa disposicion, y como ya estaba puesto el sol me pareció que en otro cerro contiguo á este, que llaman Cerro Alto, habia muchos bultos por el suelo, los que creí fueran cadáveres; pero ni era ya hora de investigar, ni habia por todo aquello mas que mujeres, por lo que me retiré antes de que se acabase la luz del dia. Al siguiente mandé explorar dichos cerros, y se me aseguró que los que pare-

nas llegaria la cifra de muertos á quinientos. Por lo que hace al número de su ejército, se puede asegurar que no ascendia á mas de veinte mil hombres (1).

1810. La accion, por parte de los independien-
Noviembre. tes, la dirigió el teniente general Gimenez, á quien Allende confió la batalla, por verse precisado él á tener que arreglar varias cosas importantes de gobierno, para el caso de que el suceso de las armas les fuese contrario, como se temia. La falta de la presencia de Allende en el combate entibió en gran parte el entusiasmo del soldado, pues aunque Gimenez se habia hecho querer por su valor y su actividad, el ejército sentia no verse dirigido por su capitan general, á quien miraba con singular predileccion (2).

cian bultos ó cuerpos tendidos por el suelo, no eran sino montecillos de piedras que habian acumulado los honderos, que mandé desparramar luego. El total de las partidas expresadas que á punto fijo se pudo llevar, asciende á 246 personas. Es lo que ha ocurrido, y lo que en verdad puedo informar á V. S. en contestación al oficio del dia 7 del que rige.—Dios guarde, etc.—José Maria Triarte.»

(1) Allende pidió alojamiento para tres mil hombres cuando se dirigió á Guanajuato. Suponiendo que se le hubiesen unido mil individuos de la plebe, que es casi imposible, puesto que no habia probabilidades de triunfo, eran cuatro mil, y es muy difícil que haya podido reunir de las rancherías y pueblos comarcanos los otros diez y seis mil para completar el número que, á todo exceder, le concedo. D. José Maria Liceaga, que se hallaba entonces en Guanajuato, no le concede en sus *Aadiciones y Rectificaciones* mas de cinco mil hombres; pero no es creible que con esa corta fuerza se hubiera atrevido á esperar al ejército realista. Creo, por lo mismo, que el número de gente que tenia no excedia de veinte mil hombres, y que es demasiado alta aun la de treinta mil que le concede D. Lucas Alaman, moderando lo dicho por el Ayuntamiento.

(2) Don Emilio del Castillo Negrete, en su obra *México en el Siglo XIX*, pone á D. Ignacio Allende dirigiendo la batalla, siendo esto contrario á lo que

1810. Don Ignacio de Allende, que habia estado
 Noviembre. activando los asuntos importantes relativos al gobierno, al saber que las posiciones principales habian sido tomadas, dispuso abandonar la ciudad, puesto que su defensa era ya imposible, salvando el dinero y algunos otros objetos importantes. Para lograr su objeto, procedió á la retirada como á las dos de la tarde del mismo sábado 24, aprovechando los momentos en que aun se hacia resistencia en las últimas posiciones. Dispuesto cuanto era necesario, emprendió la fuga con los generales y algunos hombres de á caballo que marchaban escoltando el dinero que iba cargado en excelentes mulas (1).

asientan los autores mas respetables que vivieron en la época y cuyas aserciones no fueron desmentidas por los que presenciaron los hechos, no obstante haber vivido cuando las obras en que se referian los hechos se publicaron. «Era imposible», dice, «que el capitán general Allende pudiese atender á todos los puntos atacados, y mas en una clase de terreno que no permitia obrar con libertad; su presencia era necesaria en todas partes; el enemigo habia atacado simultáneamente por distintos puntos y por los que menos se esperaba, asi es que era necesario cambiar velozmente la posicion de las tropas; estas operaciones exigian jefes de conocimientos; el general Allende pasaba de un punto á otro, con la mayor velocidad, dando órdenes y disponiendo lo que debia de hacerse; pero mientras que él corria á socorrer una posicion, era atacada la otra enérgicamente.» Todo esto, repito, es opuesto á lo que han dicho los autores que vivieron en aquella época sin ser desmentidos cuando aun existian los que presenciaron los hechos. D. Lucas Alaman, que es uno de esos historiadores respetables, dice que «Allende y los demás generales permanecieron durante toda la batalla en la ciudad en las casas reales, no habiendo visto ni aun el humo de la artillería, siendo Gimenez el único que estuvo presente en la accion.» D. Jose Maria Liceaga, que se hallaba en la misma ciudad de Guanajuato, que era pariente de Abasolo, y que todo lo observaba, como él asegura, lejos de contradecir en sus *Adiciones y Rectificaciones* lo asentado por Alaman, lo confirma diciendo: «que las fuerzas estaban al mando del teniente general Gimenez, que era el que debia dirigir la accion.»

(1) Don Carlos Maria de Bustamante, asienta que Allende permaneció en

Allende se apresuró á tomar el camino de la sierra de Santa Rosa por la mina de Mellado, antes que fuese interceptado por Calleja, cuando se dirigia á la mina de la Valenciana (1).

1810. Extendida por la ciudad la noticia de que
 Noviembre. las tropas realistas se hallaban posesionadas de los principales puntos y que la batalla la habian perdido los independientes, la plebe empezó á reunirse en grupos por distintas partes. Eran como las tres de la tarde. Un platero llamado Lino *el negro*, originario del pueblo de Dolores, dando libre rienda á sus pasiones de ira y de venganza, trató de excitar el furor del pueblo contra los presos españoles que se hallaban en la alhóndiga de Granaditas. Con enérgica voz dirigió la palabra á la multitud, diciéndola que al dia siguiente entraria Calleja en la poblacion mandando pasar á cuchillo á todos sus habitantes, á cuyo acto sanguinario cooperarian los gachupines que habian quedado custodiados en la alhóndiga, como resentidos y deseosos de venganza; que el rigor que desplegarian contra la plebe seria espantoso,

Guanajuato hasta las ocho y media de la mañana siguiente, en que Calleja bajaba hácia la ciudad, y dice que «se retiró con su tropa y nadie osó perseguirle»; pero D. José Maria de Liceaga en sus *Adiciones y Rectificaciones* asegura que «se procedió á la retirada como á las dos de la tarde del sábado 24 de Noviembre, en los términos que refiere D. Lucas Alaman, la que fué bastante notoria, resultando del todo falso, el que se hubiera mantenido en la ciudad hasta el dia siguiente, como se dice en el *Cuadro Histórico* de D. José Maria de Bustamante.

(1) Asi lo asegura Alaman y lo confirma D. José Maria de Liceaga en sus *Adiciones y Rectificaciones*, diciendo que todo pasó «en los términos que se refiere en el folio 49», de la *Historia de Méjico*, escrita por el referido Alaman.